

• FACETAS •

VERSOS DE M. MAGA:
LLANES MOURE 222



PRÓLOGO DE A
E. VÁSQUEZ GUARDIA

1902

FACETAS



PRÓLOGO



MAL que les pese á los espíritus renitentes á las sensaciones que proporciona la poesía, á esos que Heine llamaba *filisteos*, es lo cierto que aun no ha nacido el Brunetière que venga á hablarnos de la bancarrota de ella.

La poesía se enseñorea aún dentro del arte, y los que la cultivan alcanzan en todas partes los honores que la gloria reserva á los escogidos.

Solamente en Chile hay gentes que dicen perrerías de los que vacian sus ideas en renglones cortos. El poeta aquí ó es un ocioso ó un ignorante.

El individuo que no tiene habilidad sino para la intriga política, el que apenas conoce las nociones esenciales del derecho para ser un ma

juez ó un mal abogado, el que garrapatea pero-grulladas en la prensa, vale más, mucho más, en el concepto de los hombres de la vida práctica, que el que siente y expresa las exaltaciones de la inspiración.

Mientras en Francia, Inglaterra, Italia, España, los hombres públicos más eminentes aspiran á la celebridad literaria, aquí se tiene á menos a los que, siendo de entendimiento culto, tienen algo que ver con el pimpleismo.

¿Cómo puede ser Ministro de Estado en Chile una persona que haga versos?

Entretanto, en Francia alcanza una cartera ministerial Heredia, merced á sus *Trofeos*; en España, Canovas se pirraba porque le tuvieran por lírico de alto vuelo antes que por gran hombre de Estado; y en Italia hace poco sus admiradores llevaban al Parlamento á Gabriel D'Annunzio.

¿Qué mucho entonces que aplauda yo, con todas las veras del alma, á los valientes que desafían la opinión menguada de los enemigos del arte?

No sé si mi aplauso por aquellos sea tan grande como mi compasión por éstos que reducen, al fin de cuentas, la vida á comer, enfermar, dormir y morir, como dice un escritor alemán.

Uno de esos valientes es Manuel Magallanes Moure, que hoy ha querido encerrar en un libro algunos de los hijos de su fantasía; á bien

que, en este respecto, no hace sino cumplir una ley atávica, porque es poeta de raza.

Los que lean los versos de Magallanes Moure no encontrarán ciertamente en ellos los aleteos del águila, ni los desbordes del torrente impetuoso, pero sentirán con ellas las sugerencias del arte, las fruiciones del cántico amoroso, los ensueños del ideal, al mismo tiempo que el odio por

*los gusanos que todo lo envidian:
el ave, la estrella, la luz y las alas.*

Porque la poesía para mí es todo: es noche y claridad, es mansedumbre y desorden, es amor y es odio. ¿No ha dicho acaso Zola que el odio es santo?

La musa de Magallanes Moure, sin embargo, se halla en el período de su desenvolvimiento: es larva aún que habrá de convertirse en mariposa.

Sentirá más tarde las ansias de mayores horizontes donde espaciarse.

Joven como es, paga tributo á los anhelos de la edad.

¿Debo decir algo de sus estrofas que no sea para celebrar la cadencia de ellas, salvo pequeños lunares indispensables acaso en los poetas jóvenes como demostración de la propia espontaneidad?

Los que lean FACETAS le augurarán con-

migo á Magallanes Moure triunfos que redundarán en bien de las letras nacionales y que mortificarán á los mochuelos que dicen que la poesía es buena para los desocupados.

E. VÁSQUEZ GUARDA.

Septiembre de 1902.



Noche de Invierno.



ESA la lluvia de improvisto: entónces,
en medio de una misteriosa calma,
se oye el lento gotear de los tejados
mientras débil se eleva a la distancia
el prolongado y lastimero grito
de algun nocturno vendedor que pasa
bostezando de sueño i de cansancio .

Desde el antiguo velador, su pálida
luz temblorosa una bujía esparce,
pero es tan débil esa luz, tan vaga,
que la mitad del aposento queda
sumergido en la sombra.

Así en mi alma
rincones hai poblados de tinieblas,
albergues de visiones i fantasmas...

II.

Por disipar un poco la tristeza
que mi angustiado corazon embarga
en estas noches lúgubres de invierno,
cojí un libro i metiéndome en la cama
me dispuse a leer...

Fijos mis ojos
en el abierto libro se encontraban,
pero mi pensamiento desplegando
como cóndor audaz sus réjias alas,
a traves de la noche tendió el vuelo
en busca de tu alcoba perfumada...

Porque aquí en mi aposento es mucho el frío,
porque esta soledad es mui amarga,
porque mi corazon aquí está enfermo
i se me muere de tristeza el alma!

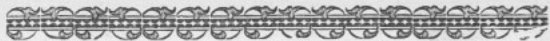
III.

Con rapidez creciente ante mis ojos
un ave colosal batió sus alas...

Era de la bujía moribunda
la luz que parpadeando agonizaba,
mientras interrumpían nuevamente
aquella triste i misteriosa calma
la lluvia redoblando en los tejados
i el viento sacudiendo las ventanas.



De mis dias tristes



CUANDO leí esa carta dolorosa que empieza:
«Enferma está tu amada», sentí mucha tristeza:
mi espíritu angustiado cayó en hondo letargo
i era como un ensueño mui triste, mui amargo,
aquel que adormecía mi alma...

Lentamente
subió una de mis manos hasta alcanzar mi frente,
cerráronse mis ojos i me quedé pensando...

Pensando en otros dias mas venturosos, cuando
yo era un niño i podia, sin despertar recelo,
entrar a esa estancia, que para mí era el cielo,
llegar hasta tu lecho, i a la luz indecisa
del postigo entreabierto, enviarte una sonrisa
que tú me devolvías con virjinal cariño...

¡Cómo latía entonces mi corazón de niño
al contemplar tu lánguida cabeza reclinada,
suelto el cabello oscuro, sobre la blanca almohada!

I al mirarte te hallaba mi espíritu sencillo
hermosa como aquella Concepcion de Murillo
que en su marco de felpa, que tú la habías hecho,
pendía de una cinta, encima de tu lecho.

Sobre tus vagas formas caían mis miradas
como esas mariposas que caen embriagadas
de amor i de perfume junto a la flor querida...

Oh flor de mis amores! Oh encanto de mi vida!
Tú estas enferma i sola i yo... sueño, llorando,
con tiempos mas felices, mas venturosos, cuando
yo era un niño i podía, sin despertar recelo,
llegar a esa estancia ¡que para mí era el cielo!



Esperanza



ME amas i te amo. Es vano que la impia
calumnia ensaye bárbara acechanza:
vuela tranquila el ave, no la alcanza
el ahullar de la feroz jauría.

De la lóbrega noche triunfa el día,
de la loca tormenta la bonanza,
mas fuerte que la duda es la esperanza...
¡i yo espero que al fin has de ser mía!

E! cielo de la dicha cruzaremos
uno en brazos del otro, siempre unidos,
i ¡adios mundo, adios farsa, adios perfidia!

I llorarán de rabia los blasfemos!
I la Calumnia estallará en ruidos!
I morderáse de furor la Envidia!



Excelsa



QUE esos seres innobles, nacidos
del lodo, que llevan el lodo en el alma,
desahoguen sus odios en forma
de ataques o burlas que no nos alcanzan;
que esas lenguas de fiemo propalen
sus torpes calumnias por calles i plazas
i haya oído que no las escuche
u oído tan necio que quiera escucharlas,...
no te importe, mi bien!

Esos seres,
que llevan la noche prendida en el alma,
son gusanos malditos, que en medio
del fango sus sórdidos cuerpos arrastran.
Son gusanos que desde la ciénaga
insultan al ave que vuela i que canta;
son gusanos que injurian al astro
que desde lo alto sus luces derrama...

Son gusanos que todo lo envidian:
el ave, la estrella, la luz i las alas!

En el fondo glacial de esos pechos
cual flor venenosa jermína la rabia,
porque ven que a otros besa la dicha
cuando ellos no pueden jamas alcanzarla!

Esos seres mezquinos ignoran
los nobles anhelos de tu alma i mi alma,
como ignora el gusano a qué aspiran
las aves que suben, tendidas las alas.

Esos seres, mi amor, no merecen
que a ellos desciendan tus dulces miradas..
Son orugas en nuestro camino:
desviemos el rumbo, no quiero aplastarlas.

Que esos seres innobles, nacidos
del lodo, que llevan el lodo en el alma,
desahoguen sus odios en forma
de ataques o burlas que no nos alcanzan!

Despreciemos sus torpes calumnias!
que broten, que crezcan, que estallen las rabias!
—¿Qué podemos temer de esos seres
si sabes que te amo, si sé que me amas?



Otoñal



EL cierzo helado se abate
sobre la vieja alameda
i llorando se desprenden
las hojas amarillentas.

Del sol los pálidos rayos
temblando el cielo atraviesan
i van a posarse trémulos
sobre las hojas ya secas.

Hai en las frondas doradas
melancólicas endechas
i vibran en el espacio
suspiros, llantos i quejas.

Cancion doliente i estraña
que lentamente se eleva,
cancion llena de sollozos
i de infinita tristeza...

Es la cancion del Otoño
débil suspiro que tiembla,
leve jemido de angustia
que el viento en sus alas lleva,

Vago estertor de agonía
que brota allá, en la alameda,
cuando sollozando caen
las hojas amarillentas.



Crepuscular



RESUENAN las campanas con pausado son,
el sol amengua el brillo de su radiante foco,
las sombras de la noche se extienden poco a poco
i el aura sollozando murmura una oracion.

Sumido en el abismo de honda meditacion
la imájen luminosa de mi adorada evoco;
la llamo, tristemente la llamo — pobre loco...—
i cruel melancolía me oprime el corazon.

Y pienso en esos dias de mi felicidad
cuando ella i yo esperábamos con ansias infinitas
el caer de la tarde, hora de nuestras citas.

La alcoba perfumada i en plena oscuridad;
breve roce de pasos sobre la suave alfombra
i luego... ¡nuestros labios buscándose en la sombra!



Boceto

A MARCIAL PLAZA FERRAND



DULCE i risueña luz color de rosa
la misteriosa alcoba tímidamente baña,
dejando ver en la penumbra apenas
las ondulantes líneas de una silueta blanca.

Una mujer... Con ademan sencillo
las lujuriosas cintas de su corsé desata
i un suspiro de alegre desahogo
hincha su seno, entreabre sus labios i se escapa.

Tira el corsé i entonces sobre el lecho
se sienta e inclinándose sus breves pies descalza
i descíñe despues las medias negras
i surjen triunfadoras las piernas sonrosadas.

I luego... Se desliza suavemente
su voluptuoso cuerpo entre las blancas sábanas,
cual perfumada abeja que se oculta
en el abierto cáliz de una azucena blanca.



Mañana de Abril

I.

EN el fondo azul del cielo
vaporosas nubes blancas;
el sol ya no quema, es tibio
como el beso de una pálida.

Caen las hojas finjiendo
mariposas desmayadas
i solo cuelgan despojos
de nidos, entre las ramas.

Los pájaros tienen frío
i sobre las viejas tapias
al sol esponjan las plumas...
i se estremecen sus alas.

II.

¿Recuerdas amada mía?
¿Recuerdas esa mañana
cuando juntos recorrimos
la alameda solitaria?

Con el rumor de las hojas
que el viento arremolinaba,
dulcemente confundíanse
tus amorosas palabras.

I, como los pajarillos
bebiendo el sol en las tapias,
e estremecía mi espíritu
al calor de tus miradas.



Oriental



Es la hora de la siesta. En las frondas duerme el
[viento,
vaga un soplo enardecido como un hálito de fuego
i los verdes arrayanes languidecen de calor;
cae el sol agujereando los ramajes opulentos
de los altos sicomoros, dibujando en los senderos
rutilantes discos de oro que fulguran como abiertos
ojos áureos i felinos que el coraje dilató.

A la hora de la siesta, cuando el sol cae de lleno
sobre el campo adormecido, perezoso me recuesto
en mi hamaca que tejieron blancas manos de mujer;
en mi hamaca que se mece como un blando nido
[aéreo,
en mi hamaca que sostienen dos palmeras del desierto
cuyos tallos cimbradores cual columnas suben rectos
ostentando allá en lo alto su ondulante chapitel.

A la hora de la siesta, cuando duerme el arroyuelo
i modulan las palomas sus arrullos lastimeros
i las grullas pensadoras se equilibran en un pié,
viene Záida, la sultana de ojerosos ojos negros
i opulentas formas líricas, a brindarme con sus besos
el *haschiz*, cuyas volutas de perfume son ensueños
que se escapan ondulando del bruñido *narghilé*.

A la hora de la siesta dulcemente me adormezco
mientras jimen en las guzlas los sentidos ritornelos,
mientras trémulas suspiran las baladas del amor;
mientras pasan por mi mente, como sombras sobre
[un lienzo,
las visiones del Profeta semi-envueltas en sus velos,
ofreciéndome la gloria deslumbrante de sus cuerpos
que al compas de grácil danza se estremecen de
[pasion.

Es la hora de la siesta. En las frondas duerme el
[viento,
traza el sol en las umbrias luminosos arabescos
—tal los áureos versos líricos de un poema de
[Osïan—
i una a una van soltando los floridos jazmineros
sus estrellas perfumadas, que revuelan un momento
i al caer forman tapices, que hollarán los pies sedeños
de mi Záida, la morena mas gentil de todo Islam.



Claro de luna

Es una helada noche del otoño.
Cae sobre los campos la azuleja
claridad de la luna
i es esa claridad fija, serena,
cual la mirada inmóvil
de una pupila muerta.

Bajo el negro follaje de los árboles
las sombras de la noche se condensan
como un monton de náufragos
ante la claridad que las rodea.

En las sombras hai vida:
fugaces aleteos como rumor de sedas,
crujidos misteriosos,
vibraciones inciertas,
roces imperceptibles,
i algo como un murmullo de voces que se alejan .

A la vera de los árboles se desliza un arroyuelo
i en sus líquidos cristales se refleja
la pupila dilatada de la luna:
tal el ojo mui abierto de un espía cuando acecha.

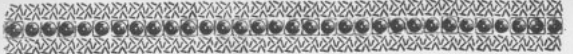
Bajo el negro follaje de los árboles,
cuyas ríjidas siluetas
se recortan sobre el fondo fríaente iluminado,
por la enarenada senda,
toda en sombra,
la Amada i yo paseamos lentamente...

Es una noche helada. Su brazo el mio estrecha
i seguimos callados
por la senda.

I a lo largo del arroyo silencioso
vá la luna, por la orilla de la senda,
dilatando sobre el agua su pupila,
su pupila mui abierta,
su pupila que nos mira, que nos sigue
como el ojo mui abierto de un espía cuando acecha...



Elejía de Otoño



ECHA ¡oh amada mía! el negro velo
sobre la tez morena de tu rostro
¡vámonos al bosque...

Ya es la tarde
¡oblicuos lanza el sol sus dardos de oro,
poniendo en los anémicos follajes
la vibración de sus fulgores rojos.

Vamos, amada mía. Ya las brisas
entonan tristemente los responsos
de las hojas difuntas, en las viejas
alamedas de aspecto misterioso.

Caen las hojas, caen siempre... siempre
¡desnudos se quedan poco a poco
los árboles que azota el frío cierzo.

Caen las hojas, caen... i un sollozo
prolongado i tristísimo recorre
la callada avenida, el melancólico
camino que vá al bosque, la alameda
i el huerto abandonado i silencioso...

Vamos, amada mía. Ya en el bosque
la luz se irá estinguendo... Así en tu rostro
se estinguen dulcemente las sonrisas;
así desmaya en tus sombreados ojos
la suavísima luz de tus miradas...

Vamos, amada, i en el bosque umbroso
cojeremos violetas... ¡Oh violetas,
lánguidas hijas del dorado otoño!
I tanto que os amó mi buena madre!

Tú, ¿recuerdas, mi amada, cuando a todos
«hijos, dadme violetas»... nos decía?
I cuando se las dábamos, sus ojos
se iluminaban llenos de alegría
i aspiraba el aroma deleitoso
i escogía entre todas las mas frescas
para prenderlas a su pecho...

Pronto
la noche con su océano de sombras
inundará los campos silenciosos...

Entonces graznarán las aves negras
i de la brisa el murmurante soplo
se abatirá a lo largo del camino
salmodiando un tristísimo sollozo...

I caeran las hojas, lentamente,
con un rumor pausado i melancólico;
rumor como de lágrimas que caen
golpeando sordamente el negro dorso
de un horrible ataud...

¡Así mis lágrimas
tañeron su compas lento i monótono
sobre la caja que encerró a mi madre
en una noche lúgubre de otoño!



Marina

A PEDRO A. RÉZKA



TIEMBLA el agua, se infla lentamente
i sube, contenida i silenciosa,
como si el seno de la mar hinchara
formidable suspiro...

Surje la ola
i dando tumbos, con furor salvaje,
se precipita entre las verdes rocas
i revienta en hirviente i blanca espuma
que los peñascos húmedos azota
circulando por quiebras i hendiduras
con rumor de hervidero.

Lácias flotan
sobre la blanca espuma alborotada
las algas, como largas i abundosas
cabelleras de náyades dormidas
bajo el velo movable de las ondas...

La espuma se deshace, el agua corre
a formar nuevos tumbos, nuevas olas,
i quedan los peñascos verdinegros
tapizados de líquenes i conchas

Breve silencio. Rumorean solo
las cristalinas i risueñas notas
que producen las aguas al vaciarse
de las concavidades de las rocas,
hasta que rompen la armoniosa calma
el disorde graznar de las gaviotas
i el retumbo pesado i cavernoso
de otra ola colosal que se desploma.



Mediodía en el campo

A MARCIAL CABRERA GUERRA



AGUJEREANDO el lánguido follaje
brinca un rayo de sol; sella, travieso,
en la mejilla de mi amada un beso
i tiembla al inferir tan leve ultraje.

Mi amada cose; es un sencillo traje
para una pobre chica i mientras eso
forma su entretencion, yo me embeleso
mirándola plegar el burdo encaje.

Sobre el abierto campo el sol derrama
sus rayos,—áurea lluvia que atraviesan,
como chispas de luz, dos mariposas.

Zumba el insecto en la florida rama
i los lagartos de calor bostezan
sobre las viejas tapias ya ruinosas.

El idiota



COMO una bestia mansa el pobre idiota
trabaja, sin descanso, el día entero:
ora al rayo del sol, en el potrero;
ora en el huerto, donde el sol azota.

A veces deja a un lado la *picota*
i se estasia escuchando el vocinglero
melodioso cantar de algun jilguero,
que allá en lo espeso del bosque brota.

Una chispa fugaz de intelijencia
brilla i muere en su estúpida mirada
donde tendió su velo la inconsciencia.

Burlador de su propia desventura,
rompe, luego, en imbécil carcajada,
mostrando al sol su blanca dentadura.

La siesta

A LUIS ROBLES VÍA



EN el vetusto corredor, tendido
sobre una confortable mecedora,
paso, en dulce quietud, la ardiente hora
del calor, a la sombra guarecido.

Sobre el estenso campo adormecido
derrama el sol su lluvia abrasadora
i es hálito de fuego que devora
el aire que circula enardecido.

Mis párpados se cierran dulcemente..
Embriaga mis sentidos i mi alma
tibio aliento de cálidos aromas.

Mientras escucho en sueños, vagamente,
que alzan, en medio de enervante calma,
su monótono arrullo las palomas.

Al caer la tarde

A JUAN FCO. GONZÁLEZ

 sí como una lánguida sonrisa
la luz crepuscular se desvanece;
surje la sombra en la espesura, crece,
el llano inunda i sube i sube, aprisa.

A la ténue vislumbre que agoniza
la silueta del campo se ennegrece,
mientras del lago inmóvil resplandece
la superficie despejada i lisa.

Quietud. Misterio. En bandas silenciosas,
los soñolientos pájaros se alejan
en direccion al próximo bosque.

I poco a poco surjen temblorosas
doradas lucecillas que semejan
chispas que olvidó el sol entre el follaje.

El riego

A RICARDO PRIETO MOLINA



HINCA el robusto labrador la azada
i rompe el dique opuesto a la corriente
i el agua, al desbordarse alegremente,
prorrumpe en cristalina carcajada.

Como el amado en busca de la amada,
corre el agua a templar la sed ardiente
de la tierra, que se hincha lentamente
como el vientre de una hembra fecundada.

Sobre la onda turbulenta i fría
se columpian las blancas correhuelas,
ascienden por sus hilos las arañas

I los maíces, ébrios de alegría,
sacuden, como locos Pulchinelas,
las ondulantes cintas de sus cañas.

El regreso



RUEDA el tren balanceándose en la vía
i rechina al chocar el suelto herraje
i hacia atras huye rápido el paisaje
i avanza la brumosa lejanía.

Cuando su ráuda marcha el tren desvía
cruje desvencijándose el bagaje
i pasan en fantástico miraje
la loma, el llano, el bosque i la alquería. ✓

Es la tarde, ilumínanse las chozas
i vuelan encendidos los carbones
como enjambres de abejas luminosas.

Surjen, por fin, las huertas lugareñas
i tras de las oscuras ramazones
las luces de mi pueblo me hacen señas.

FIN.

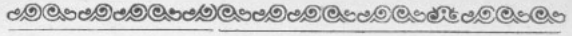
INDICE



PÁJINAS

Prólogo.....	III
Noche de invierno.....	VII
De mis dias tristes.....	XI
Esperanza.....	XV
Excelsa.....	XIX
Otoñal.....	XXIII
Crepuscular.....	XXVII
Boceto.....	XXXI
Mañana de Abril.....	XXXV
Oriental.....	XXXIX
Claro de luna.....	XLIII
Elejía de otoño.....	XLVII
Marina.....	LIII
Mediodia en el campo.....	LVII
El idiota.....	LXI
La siesta.....	LXV
Al caer la tarde.....	LXIX
El riego.....	LXXIII
El regreso.....	LXXVII





ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

Páj. V, línea sesta, dice: *el*, léase *él*.

Id. línea veinticuatro dice: *salvo pequeños*,
etc., léase *salvos pequeños...*

